

El dolor del recuerdo hace más alto al placer actual. Resbalan las horas sin prisas ni cansancio, como si la efímera corriente de mi tiempo humano se confundiera con la corriente tardísima de lo cósmico. Hay sin duda algo vitando en esta inmersión que sólo se salva del pecado por lo involuntario e inconsciente del proceso. El hombre debe ser rey y señor de lo circunstancial dominando el medio para lograr paisaje... Pero es el caso que cuando me decido a retornar me siento «recreado» el cuerpo, serena la turbamulta de mis ideas, tensos los resortes de mi voluntad, prestas las mejores calidades del alma. Me son un poco extraños el rauda y estridente cruzar de los automóviles, el acaramelamiento de las parejas, la prisa de los viandantes. Extraños pero no repulsivos. Extraños con la sola extrañeza del contraste. Porque, y en esto consiste el beneficio de este voluntario retraimiento, se vuelve siempre de él con un marcado sentimiento optimista hacia sí, generoso y comprensivo para los demás. Ducha del espíritu, animadora de todas las energías. Cura de la soledad, medicación de retiro. Pero soledad y retiro como medio. Contra la soledad romántica y roussoniana resentida, malhumorada y agria; contra su vuelta a la Naturaleza como medio ideal y óptimo ha llegado la hora de aconsejar este circunstancial contacto con la Naturaleza que sea algo así como un sueño del alma: descanso de sus procesos y liberación de las toxinas que una vida tumultuosa y vesánica aventó sobre ellos. Si la ciudad, creación del espíritu y del espíritu animadora, volatiliza y desintegra, el campo, hontanar del alma, integra y unifica. Bella es la vida del espíritu, pero ha de ser arraigada y profunda, coronamiento y no autonomía, si quiere ser de veras «vida». Y de «vida» está ansiosa la humanidad.

SANTOS SÁNCHEZ-MARÍN.

NACIO UNA CIUDAD...

...EL 8 DE OCTUBRE DE 1881

Contaba Muñoz de San Pedro, en el número anterior de esta Revista, la donosa anécdota de la que fueron protagonistas el Rey D. Alfonso XII y el Alcalde de Cáceres, a la sazón D. Lesmes Valhondo, en la que ambos dejaron bien patentizado ser novatos en sus oficios regio y concejil respectivamente. Mas la cosa no paró ahí, pues tuvo una segunda y sabrosa parte en la que el Rey demostró que continuaba tierno en los gajes del oficio y que el Alcalde sabía alcanzar rápidamente la veteranía.

Pero procedamos con orden. Cáceres tenía categoría de villa, cuando el 8 de Octubre de 1881 la visitaron los Reyes de España y Portugal. Los festejos que se organizaron con este fausto motivo tuvieron como remate una cena de gran gala en el salón de actos de la Diputación Provincial, y al final del banquete, correspondiendo a los brindis, levantó D. Alfonso su copa para brindar a su vez e incidiendo en novatada por falta de información previa, exclamó: «¡Brindo por la ciudad de Cáceres...!»

No bien oyó esto D. Lesmes cuando recogió al vuelo la frase regia, por donde le interesaba, y antes de que se perdiera la resonancia, se apresuró a mostrar al Rey el reconocimiento de la flamante ciudad.

«Majestad: En nombre de la hasta ahora villa de Cáceres, os agradezco profundamente el honroso título de ciudad que acabáis de otorgarle».

La sorpresa del Rey fué mayúscula, pero no solo no se retractó de lo inadvertidamente hecho sino que, echándolo a buena parte, ratificó lo dicho.

Y he aquí como la equivocación de un Rey novato y la veteranía de un Alcalde avisado, de consuno, hicieron ciudad a la villa de Cáceres el 8 de Octubre de 1881.

CURIO O'XILLO.

DE LOS RECUERDOS DE UN ANCIANO

LA SUGESTION DE UN PINCEL

Sentados frente a frente dialogan el estudiante y el anciano. Dialogan? Mas bien este último enhebra el hilo del recuerdo y aquél recoge las evocaciones que el viejo preste va revolviendo en su privilegiada memoria. Habita el viejo sacerdote en un pueblo extremeño que ofrece al observador inteligente ricos y varios matices. Digamos ya el nombre: Casar de Cáceres. De él escribió un amante del arte y las letras extremeñas este merecido párrafo: «Se trata de un pueblo extremeño digno de un estudio serio y concienzudo en todas y cada una de las manifestaciones de su vida». Exacto. Pero no esto sólo. Tanto como su «folklore» o su arte o sus variaciones lingüísticas nos interesan sus hombres. Hay en él positivos valores que acucian nuestra curiosidad. Es mejor conocer una mente y un corazón y más fructífero, que no un monumento de arte. Como es mejor escuchar una música sublime en la propia alma en vez de en los instrumentos de los artistas. Más placer sentiría asomándome unas horas al alma de Cervantes o Lope o Calderón que contemplando las bellezas del imperio babilonio.

Si. El hombre, el «microcosmos» es la causa, lo demás, el efecto, la manifestación. ¡Cuántas bellezas eternamente ignoradas en el fondo de los mares! Y cuántas almas ignoradas en el piélago del mundo!

Más de una vez he escuchado con asombro los relatos del viejo sacerdote. He vivido con él las horas de su pasado. Y hoy he sentido una quemazón íntima y un pesar angustioso de que quedara en el anónimo esta interesante anécdota de los tiempos del cardenal Spínola, de aquél, a quien en Coria y en Málaga y en Sevilla llamaban el Santo. Y por eso, estas líneas, sencillas, sin pretensiones.

... Y fué así.. En la vieja «Cauria Vettona», cuando ocupaba su silla episcopal el Sr. Núñez Pernía, habitaba en Palacio un mancebo llamado Baldomero Rodríguez. La gracia divina le condujo a la cumbre del sacerdocio. Y cuando en 1884 don Marcelo Spínola y Maestre, aquel que dando un adiós a la jurisprudencia y al marquesado abraza la vida eclesiástica, ocupó la sede de Coria, en Palacio quedaba el sacerdote don Baldomero, sobrino de otro virtuoso ministro del altar que regia Pinofranqueado.

¿Habéis oído hablar de la hermana del Cardenal? Seguramente sí. Sabréis de la fineza de su alma. Sabéis también de la fineza de su pincel? El pincel de la hermana del Cardenal supo captar primorosamente, de medio cuerpo, la fisonomía del Prelado. Y el cuadro, un cuadro todo expresión y colorido, se colocó en uno de los antedespachos de Palacio para gala y ornato.

Trasladémonos a las Hurdes. Pobreza. Dureza en la vida. Pero almas nobles, con afanes espirituales, con inquietudes superiores. Los hurdanos quieren que el Señor tenga el culto debido. Y son los habitantes de Pinofranqueado sintiendo la angustia de que el Señor no tenga templo decente quienes escriben al Prelado solicitando la construcción de una modesta iglesia. Pero su anhelo creciente les empuja mas y más. Y una comisión se pone en marcha para hablar personalmente con S. I. La comisión lleva una carta de recomendación para don Baldomero. Don Baldomero lee la carta de su tío y

los acoge afectuoso. Suavemente, con delicadeza, los hace pasar al antedespacho. En el despacho está el retrato del Cardenal.

Regresa don Baldomero... Qué espectáculo contempla don Baldomero al disponerse a conceder la audiencia S. I? Los buenos hurdanos ahí están: hincados de rodillas, inmóviles, el anhelo en el alma y las más tiernas súplicas en los labios... Señor, Señor, tened piedad de nosotros, atended nuestros ruegos...

El pincel primoroso fué varita mágica que dió vida al lienzo y puso de manifiesto la simplicidad franciscana de estos hombres a los que más de una vez se nos ha pintado con gestos torvos.

V. GONZÁLEZ RAMOS.

POSIBILIDADES EXTREMEÑAS

EL RIO TAJO

(Vía, fecundidad y fuerza)

(CONTINUACIÓN)

POR FERNANDO BRAVO.

Dos años más tarde se llega hasta Toledo, donde bajo el puente de San Martín fueron bendecidos los barcos con que Cristóbal de Roda se disponía a transportar un cargamento de trigo a Lisboa, lo que se efectuó sin contratiempo de monta. La navegación por el Tajo, pues, era un hecho innegable y triunfal, y Toledo y Alcántara, este último sobre todo, eran los puertos principales por los que se hacía un activo comercio de mercancías y un gran desplazamiento de personas, ya que el de Alcántara sirvió de punto de partida para varias Banderas de infantería, con sus pertrechos y bagajes correspondientes, compuestas por aquellos españoles de esforzado brazo, gran corazón y ánimo aventurero que, queriendo poner su pica en Flandes, se encaminaban a los Países Bajos en busca de la gloria por los caminos de la muerte. Y he ahí como la voluntad y la técnica, aunadas, lograron vencer las dificultades que el Tajo, como río de meseta con características mucho más acentuadas que sus compañeros de flanco—Duero y Guadiana—oponía a la navegación.

Como toda obra humana ésta también sufrió embestidas por parte de los intereses creados, de los que algunos se vencieron pero otros no, y acumulándose estos llegaron a originar el derrumbamiento de la obra ocasionando el lamentable estado actual que contemplamos en este orden de cosas.

Debido a la enfermedad que causó la muerte a Antonelli, éste no pudo llevar a cabo el dragado que había proyectado por orden del Rey, y a la muerte del nunca bien llorado ingeniero, acaecida el 17 de Marzo de 1588, los inconvenientes se complicaron y amenazaron dar al traste con todo lo hecho.

Se nombró para sucederle al maestro de obras toledano Andrés García, hombre entendido y hacedor que tomando la dirección de los trabajos introdujo notables mejoras y tuvo el gran acierto de acortar las embarcaciones con lo que la marcha de las naves por el río experimentó una notable mejora. Durante su égida la ciudad de Toledo quedó abierta al comercio de Oriente, según acredita Pedro Medina, y después al de Indias, máxima aspiración por aquel entonces. Felipe II, animado por los espléndidos resultados de sus afanes, pretendía que el cauce del Tajo quedara disponible para la navegación

de gran cabotaje, pero murió sin ver convertido en realidad su grandioso propósito.

Los esfuerzos fueron decayendo, se amortiguaron los entusiasmos y, años después, pocos años, el Tajo perdió su animación y quedó otra vez solitario. En vano Andrés García volvió con renovados ímpetus a intentar rehacer lo derruido. Nada consiguió, pues lo indudablemente cierto es que en tiempos de Felipe III, en 1610, no había rastro de navegación en el curso medio del Tajo, o, mejor dicho, quedaba uno aunque con carácter pasivo, el nombre de «Plazuela de las Barcas» en la vega toledana, según registran Ceán Bermúdez y Llaguno.

¿Que había pasado? Lo de siempre, que la condición humana dejó asomar su malicia primero, y se volcó con su mal obrar después. Tres órdenes de causas principales ha señalado Walter Palst, al estudiar el fin de la navegación fluvial en el Tajo: una fué la cerrada oposición de los molineros de las riberas que arrojaban obstáculos al cauce, destrozaban subrepticamente diques y esclusas, y ponían entorpecimientos de toda índole a la buena marcha de las naves; hacían lo que hoy denominaríamos «sabotaje». Otra causa fué la rivalidad de Sevilla. Toledo, desde que Felipe II trasladó definitivamente su Corte a Madrid en el año 1561, quedó no solo triste sino también desmedrado; la navegación del Tajo que abría directamente los caminos con el comercio exterior, y con el de Indias de modo principal, tonificó a la imperial ciudad, y ello suscitó la envidia de Sevilla, que se sentía perjudicada en el monopolio que venía ejerciendo del comercio indicado; y Sevilla maquinó y logró de las Cortes que se redujera la comunicación de Toledo con el exterior, y al final la anuló. Hubo otra tercera causa, esta de carácter general, relativa a la idiosincrasia nacional, que pesa agobiadoramente sobre nuestro destino, y es la que Palst llama «negligencia española», en el sentido de que esta sirve de campo abonado donde propiciatoriamente brotan y arraigan plantas cizañeras que aniquilan toda labor transcendental. Todavía Madoz señala otras dos causas más: el fallecimiento de Antonelli y el haberse extraído de las arcas de dicha empresa la suma de 17.000 ducados para aprestar la escuadra «Invencible»; es decir que la doble carencia de dirección técnica y de base económica determinó en 1594 la suspensión de la navegación por el río Tajo.

Para nosotros, sin desconocer la influencia mayor o menor de las causas citadas, el motivo principal de la desaparición de lo conseguido no fué otro que la ausencia de «voluntad». El tesón real secundado admirablemente por Antonelli y Andrés García, obró el prodigio; pero muerto Felipe II, que incluso había satisfecho de su real peculio importantísima parte de los cuantiosos gastos, la obra languideció rápidamente, como planta desarraigada y carente de savia vivificadora. Estrechez de miras, invención de imaginarios accidentes y descalabros, rivalidades localistas, entorpecimientos insensatos y hasta mala administración de la empresa, si no hubiera fallado el resorte mágico de la voluntad regia, no hubieran compuesto con sus obscuras tintas el cuadro de ruina y desolación a que quedaron reducidas las magnificas realizaciones que se habían llevado a efecto. Y a pesar de todo, desde Alcántara abajo, se siguió manteniendo durante algún tiempo la navegación fluvial.

Hay multitud de documentos denotadores de la transcendencia que se concedía al problema de la circulación por el Tajo. Y así Walter Palst cita una carta de Felipe II al Alcalde de Toledo en la que, entre otros párrafos, dice: